

individualidad: el individuo es soberano en su dominio, y la nación va á serlo en el suyo. Si las naciones son de Dios, si tienen derecho á su independencia, fuerza es que rechacen toda idea de conquista ó de guerra. Hé aquí lo que movía á Kant á aplaudir á la Francia republicana: para él república es sinónimo de paz y de derecho. Kant decía en 1795 lo que Lamartine repitió cincuenta años más tarde en el manifiesto del 48: á sus ojos, paz y derecho se confunden; si predica la paz perpetua, es con el fin de que el derecho reine en el mundo entero. Kant prevé que no faltará quien le acuse de utopista y de soñador; poco le importa. Partidario decidido del progreso, sabe que la utopía es el ideal á la distancia, y que el ideal acaba por realizarse dentro de los límites de la imperfección humana.

¿Qué era lo que hacía quimérico y casi ridículo el proyecto de Saint-Pierre? Su empeño en establecer la paz perpetua entre los reyes, cuando su egoísmo les impulsa á la perpetua guerra. ¿Cómo pretender que pueda el derecho reinar entre las naciones, cuando el despotismo es la negación del derecho de gobernar los Estados? De esa contradicción lógica se desprende la imposibilidad absoluta de mantener una paz perpetua entre los príncipes. La Revolución puso fin al despotismo, y por lo tanto, hizo la paz posible. Por eso Kant la acogió con un entusiasmo que resistió á todas las decepciones. Como base de su proyecto de paz perpetua, quiere que todos los pueblos tengan una organización republicana. La palabra república, en la doctrina de Kant, no significa una forma particular de gobierno, sino el reino del derecho; la república existe donde quiera que hay una nación libre y soberana. Si todos los pueblos fueran libres y soberanos, el derecho de las naciones estaría asegurado, y con él la paz. Con efecto, ¿cómo concebir que las naciones destruyan el derecho en las relaciones que las rigen, cuando el derecho les es la base de su existencia? Sería un suicidio; pero si la pasión ó la locura pueden impulsar á un individuo á quitarse la vida, una nación entera no se vuelve loca hasta ese punto. La guerra permanentemente se trocará en una paz perpetua el día en que sean las naciones, en lugar de los reyes, las que dirijan sus destinos: tan imposible es la paz en las monarquías como natural en las repúblicas.

Se ha dicho que ninguna forma de gobierno

impide los excesos de las pasiones humanas. Ha habido repúblicas conquistadoras; la aristocracia parece el gobierno conservador por excelencia, y la constitución de Roma era aristocrática cuando marehábala de conquista en conquista. Luego, se repite, es quimérica la esperanza de la paz perpetua como obra de una forma determinada de gobierno (1). Es verdad que en las ideas de Kant había algo de utópico, pero no lo que se refiere á la idea de paz. Suponía la república establecida en todos los Estados, y entendía que no bastaba una constitución republicana, sino el imperio del derecho, reconocido y organizado. Esta esperanza estaba en 1795 lejos de la realidad, y todavía no pasa de un ideal más ó menos próximo. Pero lo que no existe existirá. La utopía de Kant se realiza lentamente ante nuestra vista, como se realizan todas las transformaciones sociales; cuando el trabajo termine, la obra de la pacificación habrá dado un paso decisivo.

Á juicio de Kant, se requiere otra cosa que la constitución republicana de los pueblos para establecer entre ellos la paz. El filósofo no es utopista hasta el punto de creer que los pueblos libres sean por necesidad pacíficos: la pasión puede extraviarlos; por lo tanto, se necesita una garantía para el mantenimiento de la paz. Kant la busca en la asociación. No exige que las naciones formen una sociedad universal; un Estado que abrazara á la humanidad entera sería la monarquía bajo la forma de república, la que si asegurara la paz contra toda resistencia, se convertiría en un peligro para la libertad. Kant prefiere un medio menos seguro, pero que garantiza los derechos de los individuos y la independencia de los pueblos, y es una asociación libre sin una autoridad de coacción; de donde resultaría que la paz sería imperfecta; pero ¿no es todo imperfecto entre seres imperfectos? El filósofo cuenta aún con un apoyo más poderoso: dice que la naturaleza impulsa á los hombres á la paz, y entiende por tal la acción que Dios ejerce sobre la humanidad. ¿No es la Providencia la que liga á los pueblos por los mil lazos que crean sus necesidades y sus intereses? ¿No es la voz poderosa de la naturaleza la que dice á los hombres que si quieren que se respete su derecho, es pre-

(1) ANCELLON, Cuadro de las revoluciones del sistema político en Europa, t. I. p. 13 y siguientes.

ciso que á su vez respeten los derechos de los demás?

Como se ve, Kant no ha hecho más que formular los principios del 89. Grande autoridad es para la Revolución haber sido consagrada por la filosofía, y gran honor para la filosofía tener de su parte la voz de los pueblos, porque es la voz de Dios. ¿Quién creería que después de la filosofía del siglo XVIII, después de la revolución del 89, hubiera filósofos que rechazaran la herencia de ese gran siglo y que se pronunciaran contra la conciencia general? Cousin ha tratado de demostrar filosóficamente que la guerra es necesaria, que es un instrumento de progreso y que será eterna. El ideal de la filosofía y de la Revolución era la paz perpetua; Cousin, por el contrario, pretende hacer de la guerra el ideal del género humano. Oigamos un momento al filósofo francés; hay graves enseñanzas en su falsa doctrina (1).

La guerra tiene su raíz en la naturaleza de las ideas de los diferentes pueblos, que siendo necesariamente limitadas, parciales y exclusivas, son necesariamente también hostiles, agresivas y tiránicas. Luego la guerra es necesaria. No tenemos por qué quejarnos, por cuanto el progreso por medio de la guerra se ha realizado. Si la guerra no es otra cosa que el empuje violento, el choque de las ideas exclusivas de los diferentes pueblos, síguese de aquí que, en este choque, la idea más débil será destruida; esto es, absorbida y asimilada por la más fuerte; y la idea más fuerte de una época es necesariamente aquella que está más en relación con el espíritu mismo de esa época. Cada pueblo representa una idea, y el pueblo que representa la que está más en relación con el espíritu general de la época es el llamado á dominarla. Cuando la idea de un pueblo ha realizado su misión, ese pueblo desaparece, y es conveniente que así sea; pero no cede sin resistencia: de aquí la guerra. Luego hay que aplaudirla y glorificarla, por cuanto promueve la caída de los pueblos que han cumplido su destino y que entorpecen el progreso de la humanidad.

La consecuencia de esta rehabilitación de la

(1) COUSIN, Curso de la historia de la filosofía, lección IX.

guerra es desconsoladora, y puede calificarse de fatalismo el suceso. En la Edad Media se decía: *Viva el vencedor!* Este grito, que es el de todos los pueblos bárbaros, pretende la filosofía elevarlo á la altura de una doctrina. Ordinariamente, Cousin no ve en el suceso más que el triunfo de la fuerza; pero no, necesariamente ha de haber un vencido, y el vencido será siempre el que deba serlo. Acusar al vencedor de haber abusado de la fuerza es declararse contra la humanidad y quejarse del progreso de la civilización. No, el vencido es vencido porque merece serlo: el vencedor sirve á la civilización, y la sirve porque es más moral y mejor. De aquí se sigue que el signo del grande hombre y su carácter propio resulta del suceso: quien no triunfe no es de ninguna utilidad en el mundo. El cardenal Mazarino sólo una cualidad exigía en los generales que le recomendaban, la *suerte*; como se ve, practicaba ya la filosofía de Cousin. Hé aquí el fundamento de la preferente gloria que los hombres tributan á los conquistadores que han llenado el mundo con sus hazañas: sin duda el instinto les dice que el partido del vencedor es siempre el de la mejor causa, el del porvenir, al paso que el partido del vencido es siempre el del pasado. El grande hombre vencido está fuera de lugar en su tiempo; su triunfo hubiera detenido la marcha del mundo; luego hay que aplaudir su derrota. Bruto fué vencido, prueba de que era el representante del pasado; Augusto fué vencedor, luego era el hombre del porvenir. Demóstenes, que puso su elocuencia al servicio del derecho, de la justicia y de la libertad, estaba en el error, puesto que sucumbió. ¿Cómo creer que un hombre que es derrotado pueda ser un gran orador?

¿Habremos de refutar esta justificación de la fuerza, de demostrar todo lo que hay de sofístico en esas fórmulas pretenciosas? Dejémoslo á un apologista de la fuerza, á Proudhon, verdadero sofista, en el buen y en el mal sentido de la palabra. Tratándose de un sofista, guardémosnos de tomarle en serio. ¿Acaso no se ocultará la ironía entre las paradojas de este escritor que tanto afeciona las opiniones paradójicas y que tiene tanto buen sentido para creer lo que dice? No, Proudhon no habla seriamente cuando dice que la guerra es la fuente de la religión, que los pueblos guerreros son pueblos religiosos, que el cristianismo es una religión de guerra, que sin la guerra no

hay teología posible, y que, por tanto, la guerra es divina; se burla de Cousin, y ridiculiza la filosofía de la guerra; se burla también de la Iglesia y de las sectas cristianas, que invocan la existencia del cielo antes de las batallas. "Como si la justicia humana, dice Proudhon, confesando su impotencia, suplicara á la justicia divina que diera á conocer, por el resultado de la batalla, de qué lado está ó estará el derecho; en lenguaje un poco más filosófico, como si los dos pueblos, igualmente convencidos de que la razón del más fuerte es aquí la mejor, quisieran, por un acto probable de religión, excitar en ellas la fuerza moral, tan necesaria al triunfo de la fuerza física," (1).

Como se ve, Proudhon tiene también su filosofía de la guerra, la misma de Cousin, con la diferencia de que el sofista la establece con una lógica brutal que confunde al filósofo. La guerra, por lo visto, es un juicio de Dios, y no es bastante decir aún. Los juicios no hacen más que declarar el derecho; éste es anterior á la sentencia; el juez no lo crea, lo anuncia. No pasa lo mismo con la guerra: ella produce el derecho, siendo su resultado que el vencedor obtenga lo que demandaba, y esto no sólo porque el derecho le asistía desde antes del combate, en razón de su fuerza, sino porque la victoria prueba que era digno realmente de alcanzarla; es decir, que hay en la fuerza misma un derecho que le es inherente; Proudhon le llama, en su enérgico lenguaje, el *derecho de la fuerza*. Los apologistas de la guerra dicen que la fuerza es la garantía necesaria del derecho, y no ven que si la fuerza desempeña un papel tan importante en los asuntos humanos, consiste en que este derecho de la fuerza, que tampoco se quiere reconocer, es el punto de partida y el fundamento de todos los derechos. Partiendo de aquí, Proudhon pone la fuerza más brutal, la de los salvajes, por encima de la pretendida ciencia del derecho internacional. Escuchemos á nuestro sofista: "¿Por qué están en guerra las naciones y apelan á la fuerza? Montesquieu lo ignora. ¿Y cómo no, cuando no reconoce el derecho de la fuerza? Cita sonriendo á los Iroqueses, cuyo derecho internacional no está, en su opinión, fundado sobre los verdaderos principios; pero los Iroqueses, que se comían á los prisioneros, justamen-

(1) PROUDHON, *la Guerra y la Paz*, t. II, p. 130.

te porque se los comían, sabían más que Montesquieu respecto al derecho de gentes," (1).

¿No se descubre ahí el ideal de la ironía, la musa favorita de Proudhon?

### III.

Terminaremos estos *Estudios* con las palabras que escribimos al publicar la segunda edición: "El sentimiento del derecho se ha debilitado considerablemente de unos quince años á esta parte en el dominio de la política. Hasta en lo que se refiere á la constitución del Estado y al ejercicio de la soberanía, el hecho ha dominado omnipotente; el derecho no pasa de un velo para cubrir la dominación de la fuerza y para darle la apariencia de la legitimidad. ¿Qué será si entramos en la esfera de las relaciones internacionales? Á riesgo de pasar por un soñador y un utopista, el autor de estos *Estudios* se propone defender la causa del derecho, y tiene la candidez de creer que todos los hechos del mundo son impotentes contra la idea de lo justo. En vano se le dirá que abra los ojos para ver los hechos triunfantes; siempre persistirá en la convicción de que el triunfo es pasajero, como son pasajeras las enfermedades del cuerpo humano, porque la dominación de la fuerza y la relajación del derecho son verdaderas enfermedades. Las sociedades recobrarán la salud. Es de todo punto imposible que el hecho triunfe definitivamente sobre el derecho. El derecho proviene de Dios, al paso que los hechos que le destruyen proceden de los hombres; decir que el derecho sucumbe equivaldría á decir que los hombres han destronado á Dios. Felizmente Dios es la única potencia á que los fusiles más perfeccionados no pueden llegar. Poco importa, pues, la victoria de la fuerza sobre el derecho; los vencidos pueden apelar al porvenir, que no les abandonará. Mas como Dios no ayuda sino á los que se ayudan á sí mismos, es preciso mantener levantada nuestra bandera y luchar sin tregua para combatir la peligrosa enfermedad que hemos indicado. Desde el día en que los hombres recobren el sentimiento del derecho, la fuerza cesará de reinar, porque quien gobierna al mundo son las ideas."

(1) PROUDHON, *la Paz y la Guerra*, t. II, p. 243.

Dentro de semejante espíritu hemos escrito estos *Estudios*. Preténdese que la historia prueba en cada página el imperio de la fuerza; si, la fuerza reina en las relaciones de los pueblos; pero la historia nos manifiesta cuáles son sus efectos. El mundo antiguo estaba realmente fundado sobre el derecho del más fuerte, y la fuerza era altamente proclamada soberana del mundo. ¿Qué sucedió? Que sucumbió la antigüedad bajo el peso de la fuerza. Si nuestras sociedades modernas no tuvieran otro apoyo que la fuerza, sufrirían la misma suerte; felizmente no es así. Un principio desconocido de los antiguos se ha revelado el 89, el derecho de la individualidad humana, que ha operado milagros. Bajo su influencia, las clases sociales se han transformado y la esclavitud ha desaparecido; por la primera vez desde que el mundo existe todo hombre es una persona y tiene derechos de que ninguna potestad puede despojarle. Al mismo tiempo que se han proclamado los derechos del hombre, los derechos de las naciones han sido reconocidos. Sin embargo, se necesitan siglos para que ese principio nuevo éntre en las costumbres; entónces solamente reinará el derecho, y con él la paz en el mundo.

Desde luégo se ha llevado á cabo un inmenso progreso en las relaciones internacionales. Entre los Griegos, el pueblo más civilizado y más humano de la antigüedad, la guerra era el estado natural de los hombres y la paz sólo en virtud de una convención existía. Hé aquí el verdadero reino de la fuerza. Hoy la paz, y por tanto el derecho, se considera como el estado normal del género humano. Entre los antiguos, la fuerza era, en realidad, un instrumento de progreso y unía á los pueblos; hoy la violencia no es necesaria para unir á los hombres; el desarrollo pacífico de las facultades

humanas ha creado mil lazos más poderosos que la fuerza. ¿Diráse por esto que la fuerza desaparecerá y que la paz será perpetua? Dase demasiada importancia á la idea de la paz; mirasela como un ideal, y se pretende realizarla por medio de una organización unitaria del género humano. La paz no es el bien absoluto, como tampoco es el mal absoluto la guerra. Ciertamente que es la paz el estado natural de las sociedades; pero no pasa de una de las condiciones de la asociación humana, esto es, de un medio. Guardémonos bien de ver en ella el fin supremo de nuestros esfuerzos. Para realizar la paz á toda costa ha formulado Hobbes la teoría del despotismo; para dar á la humanidad ese bien supremo escribió Dante la teoría de la monarquía universal, que sería la tumba de la libertad. La libertad es el fin ideal de nuestra existencia sobre la tierra, porque es la condición de toda vida y de todo progreso. Libertad individual é independencia nacional, tales son las bases de la asociación humana. Cuando estén sólidamente asentadas, el reino del derecho estará, en cuanto es posible, asegurado. ¿Será perpetua la paz? ¿Será garantida por un lazo legal que someta á los pueblos á una autoridad superior? Hemos manifestado dudas; pero ¿quién osará poner límites al género humano? Las columnas de Hércules no existen ya para la perfectibilidad humana: hé aquí la enseñanza que la historia nos ofrece. El progreso no es una teoría, sino un hecho. Nuestro objeto al escribir estos *Estudios* ha sido poner este hecho en evidencia; si lo hemos conseguido, no habremos consagrado en vano la existencia á un trabajo sin descanso. De todos modos, damos las gracias á Dios por habernos permitido acabarle, y porque nos ha dado la pasión del estudio como compañera de la vida y como consuelo.

FIN DE LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA Y DEL TOMO QUINTO Y ÚLTIMO.